
Monumento a Eduardo Abaroa, La Paz.

La Guerra del Pacífico y el nacionalismo en Bolivia

Gustavo Rodríguez Ostria, S.J.
Director de revista Cuarto Intermedio, La Paz

La pérdida del Litoral no generó de inmediato un sentimiento de desmembración que pusiera en suspenso el destino de Bolivia.

Solo entrado el siglo XX comenzó a tejerse un entramado de patriotismo en torno al conflicto con Chile, vinculándose la sustancia de la bolivianidad a lo popular y a la reivindicación marítima.

Decía el escritor Ernest Renán que la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común y que todos hayan olvidado también muchas otras. Memoria y olvido, dos caras entonces de la misma moneda. En poco más de medio siglo, Bolivia enfrentó tres guerras: en 1879 con Chile, en 1906 con Brasil, y de 1932 a 1935 con Paraguay. De las tres, la memoria colectiva recuerda solamente la primera. Alrededor de la Guerra del Pacífico se ha construido gran parte de la iconografía festiva boliviana, poblándose de rituales, símbolos, gestos grandiosos y héroes en panteón nacional. Así como Eduardo Abaroa se entronizó como el principal héroe de Bolivia, Arturo Prat y Miguel Grau, ambos emergentes de la Guerra del Pacifico, se constituyeron respectivamente como tales en Chile y Perú.

Sin embargo, Guerra del Pacífico y emergencia del nacionalismo no van temporalmente unidos en Bolivia. La pérdida del Litoral no generó de inmediato un sentimiento de frustración ni de profunda desmembración que pusiera en vilo el destino y el desarrollo del país. La élite confió en un pronto arreglo con Chile que le permitiera acceder a un puerto en la zona anteriormente peruana y, entre tanto, buscó una alternativa –mediante una salida al Amazonas– por sus vastos territorios orientales, hasta entonces virtualmente desconocidos y con escasa presencia estatal.

La historiadora española Marta Irurozqui tiene razón cuando afirma que la Guerra abrió “un proceso de reformulación de la identidad nacional boliviana”. En cierto sentido Bolivia vivió los resultados de la guerra con vergüenza y trauma, debido a lo cual en un primer tiempo rehusó hablar de ella y revalorizar su significado. La usó, en cambio, para asentar una suerte de mito negativo, que aún perdura en la memoria colectiva. Para la élite, la conflagración desnudó lo que este país todavía era: una sociedad de antiguo régimen, dispersa, corporativizada y fragmentada.

Como afirma el también historiador Benedict Anderson, las naciones son comunidades imaginarias que se construyen a partir de diferentes artefactos. Uno de ellos es la novela histórica. Sintomáticamente, la guerra no produjo en Bolivia, como ocurrió

en Chile, manifestaciones literarias que alentaran el nacionalismo. No existe la gran novela histórica del Pacífico capaz de poblar de héroes la mitología popular y el imaginario colectivo, alimentándolos de aquel pasado. En 1885 Nataniel Aguirre publicó la novela *Juan de la Rosa*, sugestivamente subtitulada *Memoria del último soldado de la Independencia*. Político y parlamentario, no fue ajeno a la experiencia militar de 1879. Organizó el regimiento El Vanguardia y lo comandó él mismo hasta el campo de batalla. Fue Ministro de Guerra y desde allí se destacó como uno de los más afiebrados "guerreristas", el sector de la élite boliviana que deseaba continuar el conflicto con Chile, en oposición a los "pacifistas" que pugnaban por acabarlo. Aguirre eludió referirse en su obra literaria a la guerra en la que participó –aunque ella estuviera presente como una sombra– y más bien en la gesta independentista halló los únicos momentos de gloria que a sus ojos podía exhibir Bolivia. Con ello trató de compensar el desastre moral y anímico causado por la derrota en la Guerra del Pacífico y rescatar las fuerzas históricas y epónimas desde las cuales regenerar Bolivia, excluyendo de ellas a los indígenas.

En 1903, el escritor e historiador Alcides Arguedas publicó *Pisagua*, pero de ella posteriormente renegaría. Aunque se la presentó como la única novela boliviana sobre la Guerra del Pacífico, esta es más bien un drama amoroso y trágico en el cual Arguedas deja traslucir sobre la posibilidad de regeneración de su país un pesimismo geográfico y sicológico que nunca abandonará. En este libro la conflagración bélica es apenas un recurso literario de capítulo de cierre para que el autor despida al protagonista, otorgándole un final heroico y redentor en el altar de la patria.

REINVENTANDO LA TRADICIÓN

Mucho más que por sus relaciones con Chile y el destino del Litoral, finalmente lejano y fuera de sus circuitos de acumulación de capital, la élite boliviana de la posguerra se preocupó por su frente interno, base de su existencia económica y su poder. En otros términos, para ella la conquista territorial hecha por los chilenos no representaba un obstáculo en la formación de una nación moderna, como sí lo era, en cambio, la pervivencia de una sociedad de antiguo régimen, con sus corporaciones y su desorden.

Para plasmar su discurso modernizador esta élite arremetió contra los indígenas, quitándoles sus tierras con el pretexto de remover un "obstáculo a la civilización" e integrarlos a los valores culturales de la raza blanca. Ese despojo condujo a la gran sublevación general de 1899. Por otra parte, optó, no sin contradicciones, por construir una "verdadera democracia" basada en el voto de solo un puñado de letrados y en elecciones "puras", como recuerda Irurozki.

A mediados de la primera década del siglo XX, el panorama empezó a cambiar. Quizá por el impacto negativo del controvertido Tratado del 20 de octubre de 1904 y por la convicción predominante entre sectores de las élites de que un arreglo armonioso con Chile era lejano, sino imposible, se fue tejiendo un entramado de patriotismo alrededor de la glorificación de la Guerra del Pacífico, con una intensidad que no tenía antecedentes.

Eduardo Abaroa (1838-1879)

Es considerado el máximo héroe boliviano de la Guerra del Pacífico. Se encontraba por razones laborales en Calama cuando llegaron las tropas chilenas. Inmediatamente se alistó como combatiente. En la batalla registrada en esa ciudad, pese a resultar gravemente herido, continuó luchando aun después de que los soldados bolivianos se retiraron ante su notoria inferioridad numérica. Fue abatido tras rechazar el llamado a rendirse. En reconocimiento a su valor, las tropas chilenas lo enterraron con honores.

Podemos al respecto destacar brevemente tres nuevos escenarios:

Culto al héroe. En 1918, el diario *Norte*, de La Paz, advirtió que "los pueblos que no tienen héroes para venerar, deben crearlos". La prensa boliviana empezó a poblarse, cada 23 de marzo, de alegorías relativas a Eduardo Abaroa porque, como afirmó el matutino *El Diario* en 1927, "los que mueren por la patria siguen viviendo en el recuerdo de los buenos ciudadanos".

Abaroa, claro, estaba disponible y podía ser elevado a la misma categoría epónima de los protomártires de la Independencia, en el panteón de los héroes. En 1918, la Municipalidad de La Paz comenzó, por ejemplo, la construcción de la plaza donde actualmente se celebran los principales rituales evocativos de la Guerra del Pacífico. Abaroa fue asumido como la representación de un "holocausto" en "aras del deber cívico" (El Tiempo, La Paz, 23 de marzo de 1917). Se trató del primer héroe auténticamente boliviano, además de blanco y señorial.

Todo héroe tiene su antihéroe, su traidor; el antimodelo y su bufón. En su influyente obra *Historia General de Bolivia*, publicada en 1922, Arguedas se encargó de confirmar lo que se hallaba en el sentimiento ciudadano letrado. Sátrapa indígena o mestizo díscolo, el presidente Hilarión Daza ocupó este lugar denigratorio, que servía –aunque Arguedas no lo haría– para exaltar el sacrificio de Abaroa. Daza, según Arguedas, era "ardiente, glotón y sensual", carente de hombría y de temperamento de soldado. La presentación de Daza como "cholo", calzaba con la percepción arguediana de que los mestizos, en tanto mezcla de razas, eran los culpables de todos los males de Bolivia.

Festividades y monumentos. Paralelamente, conmemoraciones, lugares de la memoria, ritos y monumentos se extendieron e hicieron más complejos. La festividad recordatoria de la muerte de Abaroa pasó de una pequeña e intrascendente hora cívica para los escolares de primaria a ser instituida oficialmente en 1923 por el presidente Bautista Saavedra como "Día del Mar" en el calendario festivo. En 1927, se lo celebraría con marchas, vuelos de aviones militares y discursos patrióticos

en todos los establecimientos educativos. En algunos de ellos fueron puestas en escena alegorías como el drama titulado *La defensa de Calama*: "Fervoroso culto que levanta el culto de las nuevas generaciones" (*El Diario*, La Paz, 23 de marzo de 1922). Ese mismo año se empezó a recaudar contribuciones públicas para construir un monumento recordatorio a Abaroa, que recién se inauguraría en 1952, convirtiéndose en un verdadero ícono nacional.

Reinvindicacionismo nacionalista. Dos décadas después de firmarse el Tratado de 1904, se presentaron fuertes controversias entre los bolivianos que conformaban el practicismo marítimo y el reivindicacionismo doctrinario; entre los que pugnaban por un acuerdo con Chile, incorporando los territorios de Tacna y Arica a Bolivia, y los que lo rechazaban, argumentado que Bolivia solamente reclamaba lo que había sido suyo, postura sostenida por militantes republicanos que se enfrentaban a los liberales. Los republicanos, con el presidente Bautista Saavedra a la cabeza, organizaron entre 1921 y 1922 la Sociedad Boliviana Nacionalista, la primera entidad política que se titulaba nacionalista. En 1925 se creó la Liga Patriótica de Unidad y Defensa Nacional, que defendió intransigentemente la reivindicación marítima. Fue la primera vez que en la escena política, con excepción de los liberales de fines del siglo XIX, se adoptaba esta idea como una de sus principales banderas. Es importante destacarlo, porque este factor formará años más tarde parte del entramado nacionalista boliviano que abogó por el centralismo y la "integración" del "indio", como muestra la historiadora Irma Lorini en sus estudios sobre los orígenes del nacionalismo en Bolivia.

EL INFLUJO DE OTRA GUERRA

La Guerra del Chaco (1932-1935), que enfrentó a Bolivia con Paraguay, se constituyó como la primera guerra verdaderamente nacional para Bolivia. Lo fue por el carácter masivo del reclutamiento, que alcanzó a todas las regiones, clases y grupos étnicos, tanto como por el discurso oficial nacionalista que arengó a los combatientes, proclamando que la nación estaba en riesgo (en contraste, la Guerra del Pacífico no había involucrado masivamente a los indígenas y apenas convocó a las filas a reducidos grupos de las élites y sectores de criollos y mestizos). En los años de la posguerra, como no había sucedido después de la campaña del Pacífico, se decidió politizar el conflicto del Chaco en canciones y en la pintura y la literatura. Sin embargo, no se asentó, más allá del momento, una tradición heroica que fuese capaz de organizar nuevos mitos fundacionales de la nación en ciernes. Hoy mismo los bolivianos no tenemos incorporado en nuestra memoria que sostuvimos un conflicto con Paraguay. En cambio, pocos olvidamos el significado del 23 de marzo o de Eduardo Abaroa, verdaderos íconos del nacionalismo boliviano.

En la posguerra del Chaco, la ritualidad festiva respecto al 23 de marzo de 1879 continuó extendiéndose, valorizando ese pasado –y no el de la Guerra del Chaco– como posibilidad unificadora de la nación. En 1947, por ejemplo, se repatriaron los restos de Eduardo Abaroa, y la festividad de ese Día del Mar incorporó a todas las instancias oficiales, encabezando el desfile en La Paz el propio Presidente de la República, lo que resalta su jerarquía simbólica.

> Abaroa fue asumido como la representación de un "holocausto" en "aras del deber cívico". Se trató del primer héroe auténticamente boliviano, además de blanco y señorial.

El nacionalismo de la posguerra produjo además otros cambios que modificaron el enfoque de asumir la guerra con Chile y el significado para Bolivia de la pérdida del Litoral. Una obra decisiva para este giro sería *Nacionalismo y Coloniaje*, publicada en 1943 por Carlos Montenegro, ideólogo del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que se haría gobierno en abril de 1952.

Su obra, a la que se ha denominado "manual de militancia nacionalista", sentó otra interpretación de la historia. Contextualizó históricamente la guerra y la actitud de las clases sociales que participaron en ella, y lo hizo bajo el lente del esquema *nación versus antinación*, o *pueblo versus antipatria*, propio del discurso nacionalista. "Chile, que quiere ser Chile, tiende a afirmarse como nación mientras Bolivia, bajo la tuición suicida del espíritu colonial, tiende a no ser Bolivia", afirmó Montenegro. Hilarión Daza ya no fue calificado como un "cholo iletrado" capaz de rifar el Litoral por celebrar un carnaval, sino como el represente de las élites extranjerizantes y del imperialismo extranjero, los verdaderos culpables de la derrota. Además, en el nuevo lenguaje, la reivindicación marítima formaría parte de las luchas anticoloniales.

Montenegro, rompiendo esquemas historiográficos, incorporó a los cholos e indios como protagonistas de la historia de Bolivia y de la guerra con Chile. Más tarde uno de su discípulos, René Zavaleta, afirmaría que estos "cholos, indios y blancos –la bolivianidad reanimada por la certeza del peligro que amaga su existencia– ofrendan la vida en holocausto de la patria durante la guerra con Chile". En lo popular por tanto se encerraría la sustancia de la bolivianidad y de la necesaria reivindicación marítima.

Montenegro incorporó la dimensión espacial en el lenguaje reivindicacionista. Si las élites oligárquicas perdieron la guerra con Chile fue porque carecían de conciencia del espacio geográfico y de la unidad nacional. Años más tarde, Zavaleta aseguraría que "no lucharon por aquello que se pensaba como una periferia pura. Les habría parecido, sin duda, más terrible perder a la Virgen de Copacabana". Con una lectura espacialista, Montenegro valorizará el peso del territorio y afirmará que el atraso boliviano es generado por la inexistencia de una salida marítima, pues aquella pérdida es "la más grave (y) de modo terminal para el destino de Bolivia".

NACIÓN Y DESCOLONIZACIÓN

En 1952 se inauguró en La Paz el monumento a Abaroa, centro desde entonces de las celebraciones del Día del Mar. En los

años posteriores se la consolidó como una celebración cívica tan importante como la conmemoración de la Declaración de la Independencia el 6 de agosto. Canciones, poemas y libros solidificaron más adelante la conciencia de una injusta y perniciosa mediterraneidad y sirvieron para consolidar la nación, *habitus* que en 1975 bloqueó el "Abrazo de Charaña" entre Hugo Banzer y Augusto Pinochet (que sirvió también para expresar el repudio a ambos dictadores).

> Hoy mismo los bolivianos no tenemos incorporado en nuestra memoria que sostuvimos un conflicto con Paraguay. En cambio, pocos olvidamos el significado del "Día del Mar".

¿Sobrevivió este nacionalismo a las transformaciones simbólicas que se operan en la Bolivia de Evo Morales? ¿Una nueva narrativa del pasado, "descolonizando" el culto a los héroes republicanos y entronizando a aquellos que surgen de la larga resistencia indígena, sería suficiente para permitir nuevos vínculos con Chile, lejos de los cerrojos del nacionalismo criollo y mestizo?

Es claro que Morales intentó distanciarse de aquel discurso nacionalista de sus predecesores (Carlos Mesa), reducir el impacto interpelador y confrontador del 23 de marzo, intentado crear un clima de confianza con Chile que estableciera un piso a las negociaciones diplomáticas. Incluso altos oficiales chilenos fueron invitados a rendir homenaje a Abaroa en un gesto inédito sin duda facilitado por la sintonía entre dos Gobiernos de izquierda, el de Michelle Bachelet y el de Morales. Solo la apelación a Juancito Pinto, niño indígena, tambor de los Colorados, que murió en la guerra con Chile, parecía recordar ese pasado. En otro giro, con la "Agenda de los Trece Puntos", se apostó en los últimos cinco años a una negociación bilateral. Se profundizaron también, con la llamada "Diplomacia de los Pueblos", vínculos culturales y humanos y se aceleraron las negociaciones de Cancillería, en reuniones públicas y reservadas.

Qué estaba dispuesto Chile a ceder y Bolivia a aceptar, aún no se conoce en su integridad. A la postre quedó empero claro, de la voz del presidente Sebastián Piñera, que Chile no modificó un ápice su posición de aquella que sostiene desde hace décadas: mar, pero sin soberanía. Opción, que según las encuestas, tiene amplia aprobación en la ciudadanía chilena, salvo en los escasos y poco influyentes grupos de izquierda radical. Se generaron expectativas de ambos lados. Hubo pronunciamientos de autoridades y exautoridades chilenas a favor de un acuerdo que saldara el centenario diferendo.

Cuando el 23 de marzo pasado, en respuesta a las dilaciones de Chile, el presidente Morales anunció que Bolivia acudiría al Tribunal de Justicia de la Haya y al derecho internacional, retomando el multilateralismo y demandando la nulidad del Tratado de 1904, la efigie de Abaroa y el mensaje de Montenegro se alzaban como una sombra y una evocación a una historia indispensable. **MSJ**